

Jalparaiso:
San Agustín, 19

SUCESOS

Santiago:
Huérfaos, 1036
Concepción:
Barros Arana 821

JUAN M. RODRIGUEZ
Director.

M. G. R.
Propiedad HELFMANN

FRANCISCO BENAVENTE
Dibujante.

SEMANARIO DE ACTUALIDADES

Año X

A gosto 1.º de 1912

Nº 817

LAS LIGAS



Coro de señoras.—¡Benditos son entre todas las mujeres!



Coleccionistas de recuerdos siniestros.

Acaban de venderse en Londres las ropas que pertenecieron a la Bella Elmore. Con este motivo acudió a la casa subastadora tanta gente como si se tratase de una colección de objetos de arte famoso, porque el asesinato de la cantante por el dentista Crippen, su marido, fué uno de los procesos más sensacionales de estos últimos años. Los «coleccionistas» se disputaron los vestidos y ropas de teatro de la desgraciada artista, aunque no tenían el mérito histórico de ser los que llevaban puestos la Bella Elmore al morir. La subasta produjo unas cinco mil pesetas en total.

Imposible parece que haya *amateurs* de recuerdos tan macabros, pero lo cierto es que no sólo se venden caros estos objetos, sino que se los disputan los compradores, porque hay gente desocupada que en vez de emplear su tiempo en algo más útil busca con encarnizamiento, haciendo a veces grandes sacrificios, las botas de un fratricida, el sombrero de un parricida o las gafas de una víctima famosa en la historia del crimen.

M. Goron, antiguo jefe de policía de París, posee una colección de esta clase, muy curiosa y hasta se cuenta que conserva una cartera hecha con piel de Pranzini.

Algunos aficionados conservan en sus víctimas cosas notabilísimas, en las que a veces se une lo cómico a lo macabro.

Un rico rentista de Baker Street, en Londres, al saber de buena tinta que podía adquirir en Roma un traje usado por Caserio, asesino del presidente Carnot, no titubeó en dirigirse a Italia. La policía secreta se extrañó bastante al ver a aquel extranjero de buena presencia, entrar en relaciones con anarquistas. El inglés no sospechaba que los agentes le seguían, y una mañana se quedó muy sorprendido al ver que le invitaban cortésmente a traspasar la frontera, por sus propios medios o acompañado de una pareja de agentes. Lleno de indignación, el inglés se encará con los policías, y concluyó por pegar a uno de ellos, a consecuencia de lo cual fué detenido como individuo peligroso, y le costó Dios y ayuda salir bien de aquel mal paso.

Otro *amateur* inglés, Mr. Gladson, consiguió reunir a peso de oro un objeto de cada una de las víctimas de Jack el destripador. Como se recordará, el tal Jack, que firmaba sus crímenes con la punta del cuchillo, no fué visto jamás, pero como transcurría a veces un año o dos entre sus series de crímenes, se supuso que era marinero a bordo de algún barco que hacía largas travesías.

A cada nuevo crimen del siniestro desconocido, Mr. Gladson acudía a la familia de la víctima, y pagaba cuanto le pedían por una blusa, un peine, un abanico o cualquier otro recuerdo de la interfecta.

Sus criados, que no le querían a causa de su carácter difícil y de sus exigencias, resolvieron

aprovecharse de su manía para jugarle una mala pasada.

Una mañana, Mr. Gladson recibió una carta amenazadora, en la cual el propio Jack el destripador le advertía que el pasatiempo de mal gusto que consistía en coleccionar recuerdos de sus víctimas, le desagradaba profundamente, y que le ordenaba se deshiciese de la colección inmediatamente, «porque de lo contrario, añadía el asesino, me veré obligado, con gran sentimiento, a proceder una de estas noches a una pequeña operación.»

Desde luego el *amateur* dudó y se olió la broma. ¿Cómo podía tener noticias Jack de su manía, que después de todo no perjudicaba a nadie? ¿No le cedían de muy buen grado los recuerdos de las mujeres asesinadas sus mismas familias, y no los pagaban a buen precio? ¿Y no era para halagar el amor propio del asesino que una persona se tomase el trabajo de coleccionar recuerdos de sus memorables hechos? Pero las amenazas se repitieron con tanta frecuencia, que el coleccionista sintió un miedo horrible, y aunque una indiscreción de su criado le descubrió el origen de las cartas amenazadoras, no siguió la colección.

Máquina de escribir música.

Un músico alemán ha inventado una máquina a la cual ha bautizado con el nombre de «Kroarograph,» y que, según su inventor, registra las notas emitidas por un piano automáticamente; es, digámoslo así, una especie de máquina de escribir música para uso de los compositores.

La nueva máquina tiene el mismo objeto que el «musicógrafo,» inventado por un italiano y que se dice ha usado con frecuencia el compositor Mascagni.

El aparato inventado por el alemán es algo más grande que el del italiano y funciona con ayuda de la electricidad. En la máquina se pone un rollo de papel y el compositor se sienta al piano, y mientras ejecuta la composición que desea escribir, el aparato registra fielmente todas las notas producidas. Con esta máquina el músico no tiene que confiar a la memoria la reproducción de una frase musical, porque el «Kromarograph» anota en el acto hasta la indicación más insignificante.

Para los aficionados a los estudios médicos.

M. Icaud propuso hace poco un medio fácil de comprobar la muerte de una persona.

Antes de la putrefacción se forman en el cadáver gases, entre otros, hidrógeno sulfurado y sulfidrato de amoníaco. Los pulmones son fuentes de producción de estos gases que salen por las narices.

Un papel empapado en acetato de plomo y metido en las narices, se pone negro con estos gases, desde el color de café con leche al negro de reflejos metálicos.

Una moneda de plata o cobre bien limpia y brillante toma color negro gris la primera, y negro rojizo la segunda.